

prision ¿qué motivo plausible hay para que lo sea el cuerpo? O los dos ó ninguno. Si los dos, entónces la condicion del hombre se hace verdaderamente intolerable, pues se le aumentan las cadenas. Si ninguno, entónces no es una cárcel el cuerpo, sino una parte sustancial del hombre; y en este supuesto, la doctrina católica encuentra apoyo en los escritos de los mismos que la combaten. Y no puede afirmarse, sin absurdo, que la muerte es natural y que la vida es la expiacion de culpas anteriores, sino precisamente lo contrario.

Siempre el error camina con un numeroso cortejo de inconsecuencias. Los platónicos que opinaban que el cuerpo humano tenia que perecer en virtud de su naturaleza corruptible, admitian, sin embargo, dioses (hombres divinizados) con cuerpos inmortales; y esto es lo que les echa en rostro San Agustín. Lo mismo sucede con los que impugnamos; no creen compatible la perfeccion ni la felicidad al lado del cuerpo, y no obstante, enseñan que sus *espíritus puros*, ó los que están en el más alto grado de la escala espírita, conservan siempre un cuerpo, etéreo, si se quiere, pero de todas maneras, cuerpo.

CAPITULO IV.

SUMARIO.

Palabras de Pascal.—Reflexión acerca de ellas.—Horror á la muerte.—No se explica, así como ni tampoco el amor que se tiene á la vida con los principios enfeñados por el espiritismo.—Dios no ha hecho la muerte.—Palabras de S Próspero y de Bossuet.—Absurdos que resultan de considerar que los sentidos son cadenas del alma.—El sonámbulo es centro y no causa de los fenómenos.—Notable explicacion de Sto. Tomas.—Reflexiones.

Pascal, al encargarse del punto que tocamos, hace esta observacion muy propia de su genio: "No hay consuelo, dice, sino en la verdad. Es indudable que Séneca y Sócrates no tienen modo con que poder persuadirnos y consolarnos. Vivieron en el error que cegó á todos los hombres en el primer hombre; todos tuvieron la muerte por cosa natural; y todos los argumen-

tos que fundaron sobre este falso principio son tan vanos y tan poco sólidos, que no sirven sino para demostrar, con su inutilidad, cuán flacos son los hombres, pues aun las más altas producciones de los más grandes, son tan rastreras y pueriles." (1) Tiene razon el filósofo de Palais-Royal. Y pudiera sentarse como regla infalible y segura, que tal ó cual principio es erróneo, si tiene desolada el alma é inquieto el corazón del hombre que le juzga verdadero; y si este mismo hombre es incapaz de sacar de él algo que haga felices ó ménos desgraciados á los demás.

Si la muerte fuera natural y la vida una carga, ciertamente que nada encerraria más atractivos para la humanidad que el lecho de un moribundo, que sería entónces el lugar en que la naturaleza ejerceria uno de sus actos más solemnes, y en que se nos libertaria del tremendo peso que agobia el espíritu en su peregrinacion por el mundo. Y sin embargo, nada más espantoso. No solamente los que se encuentran sobre él, sino todos los que le rodean padecen y tiemblan, y desearian no beber una copa tan amarga.

(1) Pensamientos. XXX.

Bajo el supuesto de que la muerte es natural, explíquese ese horror universal con que se le mira. La naturaleza no puede tenerse horror á sí misma, ni aborrecerse á sí misma con un odio tan universal y profundo; y sucederia todo esto, si la separacion del alma y del cuerpo humano se conformara con sus leyes. Explíquense los terrores que preceden y los espantos que acompañan á la muerte.

¿Qué origen pueden tener en el agonizante esas penosas ansiedades, esas tribulaciones inmensas, esas angustias indecibles, más enérgicas que la vida y acaso más terribles que el mismo mal que las sirven de ocasion y de causa? Ninguno ciertamente que dejara satisfecha á la razon.

De la misma suerte, si la vida es una carga, es un absurdo monstruoso ese amor que todos los hombres, sin excepcion alguna, le tienen, y que es sobre todos los amores; amor que no mengua con el sufrimiento, sino que crece; que no muere con el dolor, sino que se vigoriza; pues si el sufrimiento y el dolor nos apenan, es por lo mismo que la vida nos es amable, infinitamente amable, si caben afectos infinitos en el corazón de la criatura.

Si pudieran juntarse en un mismo sitio todas las pasadas generaciones con las presentes y las por venir, y se las preguntase qué cosa era más grata á sus ojos, más acepta á su corazón, más en armonía con sus aspiraciones y deseos, la muerte ó la vida, todos de consuno exclamarían: "La vida, sí, la vida; porque la vida es el sér, es la perfección, es la felicidad; mientras que la muerte es la nada, la más grosera de las imperfecciones y la última y más espantosa de las desgracias."

Si la muerte fuera natural, sería una de las obras de Dios, y *Dios no ha hecho la muerte*, como se dice en el Libro de la Sabiduría. Es interesante este pasaje de la Escritura, que al mismo tiempo que encierra la revelación de una sublime verdad, es la demostración más filosófica de ella. "Porque no es Dios, se lee, quien hizo la muerte, ni se complace en la perdición de los vivientes. Criólo todo á fin de que subsistiera eternamente en su presencia: saludables hizo El todas las cosas que nacen en el mundo: nada había en ellas de ponzoñoso ni de nocivo: el infierno ó la muerte no reinaba entonces en la tierra.—Puesto que la justicia es de suyo perpetua é inmortal.—Más los impíos con sus hechos y palabras llamaron á la muerte y repu-

tándola como amiga, vinieron á corromperse hasta hacer con ella alianza como dignos de tal sociedad." (1) Nada más conforme con el plan del que vive en la eternidad, que criar seres para la inmortalidad. Y entre estos debió elegir aquellos que le fuesen más semejantes y que estuviesen unidos á él de una manera más íntima. Por esto crió inmortales á los ángeles é inmortales á los hombres, á quienes hizo poco ménos que los ángeles; porque los ángeles y los hombres eran imagen suya, y le estaban extremadamente unidos por el amor, á diferencia de las otras criaturas que no eran capaces de tan elevado sentimiento. Así es, que aun cuando el cuerpo humano no hubiera podido ser inmortal por su propia naturaleza, lo sería por la vida que recibiría del alma, vida perdurable, si la unión establecida por el amor entre Dios y el hombre hubiera durado siempre; pero la rebelión primitiva vino á romperla, destrozando con un acto de soberbia, el lazo de amor que habían formado la sumisión y la obediencia. El pecado, pues, es el autor de la muerte; por esto, Saulo decía, después que de perseguidor se hizo defensor del nombre cristiano: "Por un so-

(1) I. 13, 14, 15 y 16.

lo hambre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte." (1) La muerte, pues, no es una criatura del Hacedor Supremo, sino una pena, y el primero y más tremendo de sus juicios. "Es necesario distinguir, dice un apolo-gista, las obras y los juicios de Dios. Haber jugado al hombre digno de muerte por su pre-variacion, no es haberle criado mortal." (2) Y Bossuet, con aquella energía de expresion que le es tan propia, ha podido exclamar en uno de sus arranques oratorios: "El mismo que nos en-gendra nos mata." (3) Nótese bien, *el que nos en-gendra: no el que nos cria.*

Tan absurdo como es asegurar que la muer-te es una cosa natural y la vida un castigo, es sostener que los sentidos para el alma son ca-denas que aprisionan y obstáculos que matan su actividad. Pero lo uno es consecuencia de lo otro; y nada más común que un abismo conduz-ca á otro abismo.

Si los sentidos fueran cadenas del alma, resul-taria, dice el águila de Aquino, "que el alma no habria sido unida al cuerpo para su bien, una vez que su inteligencia seria de peor condicion

(1) *S. Pablo ad Rom.*, V. 12.

(2) *S. Próspero Sent.* CCCIII.

(3) *Sermon de la Inmaculada Concepcion.*

con el cuerpo que sin el cuerpo; sino que habria sido unida para bien del cuerpo, lo que es con-tra la razon, pues la materia es para la forma, y no la forma para la materia." (1)

Además es un hecho que el cuerpo recibe el movimiento del alma, y se desarrolla y perfec-ciona por la virtud del alma. Y repugna, ya no digamos á la sabiduría humana, tan de pocos alcances, que un sér inferior se perfeccione con detrimento y daño de un sér superior. Tal suce-deria en el supuesto bajo que discurremos, por-que no podria vivir sin perfeccionarse el cuer-po, si no tuviera dentro de sí propio el alma; pero como á la vez se asegura que la intelligen-cia de esta no puede funcionar libremente mién-tras que el cuerpo funciona, vendriamos á parar en que la perfeccion de la primera es incompati-ble con el perfeccionamiento del segundo. Esta seria la alternativa indeclinable: ó el cuerpo progresa, y entónces el alma retrograda: ó el alma se perfecciona, y entónces, el cuerpo no debe vivir ni desarrollarse. Y la verdad es que la perfeccion de la una no obsta al desarrollo de l otro, como lo demuestra la experiencia de todos los siglos.

(4) *Summa Theol.* P. 1.º 94 XXXIX, art. 1.

La verdad es que el alma necesita del cuerpo; y el cuerpo ha menester del alma. Esto último es de toda evidencia. Lo primero no lo es ménos. Para convencerse, basta reflexionar que el alma forma su ciencia, partiendo de lo visible á lo invisible, de lo sensible á lo intelectual, de lo particular á lo general; que nada puede conocer sin el auxilio de las imágenes: y que éstas le vienen por los canales de los sentidos.

¿Lo dudais? Pensad que un ciego de nacimiento no tiene idea de los colores ni de la luz; un sordo, desde el vientre de la madre, ignora lo que es la palabra; y en tal grado lo ignora, que á consecuencia de esto será mudo, á pesar de que nada falta al aparato de la voz. En suma, la falta de cualquier sentido en el cuerpo, produce en el alma la ausencia del conocimiento ó conocimientos que á aquel sentido corresponden. No os argüimos con sofismas, sino con hechos que se palpan.

Así, pues, el sonambulismo, que pretende ser la causa de las maravillas espiritistas, principalmente de las que suponen conocimientos superiores, de que el hombre carece, léjos de aumentar la energía del alma, la mengua; léjos de abrirle puertas mas amplias, le cierra las únicas por donde puede ver; léjos de traspor-

tarla á espacios vastísimos, no la deja recorrer los estrechos que en el estado de vigilia recorre; léjos de darle la libertad, la oprime con pesadas cadenas.

O que, ¿es libre un sonámbulo? ¿Puede acaso salir, cuando quiere, de aquel estado para él verdaderamente penoso, y hemos de juzgar, como parece que debe juzgarse, por los terribles síntomas que en él se advierten? No nos decís que es un verdadero esclavo y que obedece ciegamente las órdenes del magnetizador? ¿Cómo, pues, no reparais en tanto absurdo; y dais de mano de una vez para siempre al sueño *magnético* y al *nervioso* que os preocupan y os tienen sumergidos en un abismo de errores en filosofía, en moral y en religion!

Pero es un hecho, reponéis, que el sonámbulo es centro de todas esas maravillas cuya realidad no se puede negar, ¿por qué no hemos de reconocerla como causa?

Es centro, está bien; pero no es forzoso que sea causa. Os explicaremos nosotros, no nosotros, sino una inteligencia la más grande con que se han honrado los siglos, y la que, sin embargo, vosotros aparentais desdeñar, porque no podeis seguirle en su levantado vuelo; ella os explicará, repetimos, de qué manera el sonám-

tulo es centro, sin que pueda ser causa de aquellos prodigios. Oíd á Santo Tomás; es su vigorosa palabra, la única capaz de vencer vuestra obstinada resistencia; la luz de sus razones, la única que puede disipar vuestra ceguera, si sois hombres de buena voluntad; si teneis en algo vuestra calidad de seres racionales.

“Los que están sumergidos en el sueño, dice el ilustre doctor, cuando no hacen uso alguno de los sentidos, y los humores y los vapores se hallan en el reposo más absoluto, impresionados por seres superiores, miran en el porvenir cosas que el hombre no podría descubrir por todos los razonamientos posibles. Esto se advierte principalmente en los que padecen síncope ó entran en éxtasis, manifestando mayores alcances cuando más desprendidos están de los sentidos. Así debe ser, en efecto porque estando el alma colocada, como lo hemos demostrado, en los confines del mundo de los cuerpos y en los del de las sustancias incorpóreas, y como en el horizonte que separa la eternidad del tiempo, á medida que se aleja de los seres puestos en el peldaño más bajo de la escala, se acerca á los seres que ocupan los peldaños superiores. De suerte que cuando esté enteramente libre del cuerpo, se asemejará perfectamente á las sustancias espa-

radas, en cuanto á la manera de conocer, y se hará sentir la influencia de éstas sobre ella, de una manera más eficaz.” (1) Hé aquí una alta metafísica y una profunda filosofía. Sin necesidad de fluidos, cuya existencia está en el índice de ciencia moderna, se explica el fenómeno del sonambulismo y con él los otros que le acompañan. El absurdo desaparece en el instante en que reflexionamos, por una parte, que en un hecho la comunicacion entre las inteligencias, y por otra, que la circunstancia de ser una de ellas superior, léjos de ser un obstáculo, es una mayor ventaja que la facilita. Nada tienen entónces de extraños los prodigios de la penetracion de los pensamientos, de la vista á distancia, del conocimiento de las cosas ocultas y de los hechos que se preparan en el porvenir. Los mismos fenómenos físicos quedan explicados, si se ellos tienen que intervenir seres inteligentes dotados de una fuerza de accion más amplia, poderosa y enérgica que la del alma humana. Colocados en este punto, estamos ya realmente en el terreno de la hipótesis espirita.

1) *Summa contra Gentiles, Lib. 2.º C. LXXXI.*